

Nuestra Señora de la Fidelidad

Con frecuencia ocurre que tenemos una visión corta, demasiado simplista, de las cosas de nuestra fe y de nuestra religión. Conservamos, demasiado cómodamente, nuestras ideas de la infancia y con ellas vivimos, porque despiertan en nosotros mucho afecto, mucha confianza. y este mismo excesivo simplismo nos ocurre también al formamos una idea de la vida de la Virgen María. La vemos tan santa, tan hermosa, tan radiante, que no pensamos que la Virgen tuvo también su itinerario de fe. Ella tuvo que superar dificultades, y esforzarse, y responder, cada día, a llamadas más exigentes de Dios. Pensar así, nos la hace más cercana, más real, más verdadera, más estimulante para nosotros.

María, mujer creyente

El Concilio Vaticano II nos habla del itinerario de la fe y de la vida espiritual de la Virgen María. Ciertamente la Virgen no tuvo que crecer en santidad. Era santa, plenamente santa, desde el principio; pero sí que su santidad, su manera de ser santa, tuvo que crecer en complejidad, en clarificación, en descubrimientos que le exigían nuevos esfuerzos en el mantenimiento de aquella promesa inicial que le guió toda su vida:



"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Ella es la primera discípula de Jesús. Podemos decir que es la primera santa, la totalmente santa del Nuevo Testamento, de la Iglesia de Jesús.

No tiene nada de particular que encontrara cosas nuevas. Su corazón estaba pegado amorosamente, dócilmente, absolutamente pegado y plegado al corazón y la vida de su hijo. Pero la sorprendió cuando le dice llena de amor: "Pero, hijo, ¿por qué has hecho esas cosas? Tu padre y yo te hemos estado buscando" y Jesús responde:

"Yo tengo que ocuparme en las cosas de mi Padre". Con lo cual, la Virgen amorosamente recibe una lección: tienes que ponerte en tu sitio; eres mi madre, pero yo tengo que obedecer a la misión que he recibido de mi Padre. ¿Quién podría escuchar mejor los latidos de la Palabra de Dios, que es Jesús, que su propia Madre?

La Virgen María vivía rodeada de gente, de parientes que no creían en Jesús, que pensaban que estaba desvariando, que llegaron a salir para ver de recogerlo y traérselo a casa porque se avergonzaban de él, pensaban que había perdido la razón, que estaba loco. Cuánto sufriría la Virgen al oír estos comentarios en su propia familia. Es más, arrastrada por las leyes de las familias, tuvo que ir con ellos, y así el recado que le mandan a Jesús es: "Tu madre y tus hermanos, tus parientes, te buscan".

No lo tuvo fácil la Virgen María para crecer en su fidelidad, sobrepasando todos los obstáculos de la vida real. Estaba llena del Espíritu Santo, estaba llena de amor. Por eso podemos ver reflejada la vida de la Virgen en ese capítulo maravilloso de los Evangelios que se llama el Sermón de la Montaña.

Y, por eso, mujer bienaventurada

Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que buscan la justicia, bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los perseguidos. ¿Quién mejor que Jesús está cumpliendo estas bienaventuranzas, feliz, dichoso, en medio de todas estas circunstancias? Y, en segundo lugar, la Virgen María.

Bienaventurada la Virgen María por ser pobre de espíritu. Los pobres de espíritu, los pobres del evangelio, no son simplemente los pobres económicos sino que son los pobres de corazón. Para ser pobre de espíritu hay que ser pobre, saberse pobre y aceptarse pobre. El que es pobre de espíritu es pobre también de bienes materiales. El que es pobre de bienes materiales no siempre es pobre de espíritu; puede ser ambicioso, rencoroso, muchas cosas. Bienaventurada la Virgen María, por ser pobre de espíritu y poner su confianza total en Dios

Bienaventurada la Virgen María por tener hambre y sed de justicia. Pero no la justicia humana, que reparten los tribunales, sino la justicia de Dios. Hambre y sed de la justicia del corazón que nos viene de Dios, que nos hace justos y nos hace actuar justamente en la vida privada y en la vida pública. Bienaventurada la Virgen María porque tenía hambre y sed de esta justicia: para ella, para su pueblo, para el mundo entero.

Bienaventurada la Virgen María porque era misericordiosa, buscaba la paz, porque tuvo que sufrir las persecuciones que padecía su propio hijo. Y esta Virgen bienaventurada es la primicia de la Iglesia, es la iniciadora de la Iglesia, es el corazón de la Iglesia, el prestigio de la Iglesia. Ella, además de hacer nacer a Jesús, en su propia vida ha hecho nacer la Iglesia de Jesús, la nueva manera de ser persona, a

partir de los ejemplos de Jesús. Por eso es maestra y madre.

Dos peligros al acecho

Ante esta maravilla de la santidad de la Virgen María, dos peligros tenemos: uno, el de la inseguridad. Hay muchos cristianos que siguen siendo cristianos "por si acaso", pero su fe, por dentro, se ha roto. Nuestra fe cristiana ha de ser una fe sin vuelta de hoja, sin discusión, a muerte, sin dudas, sin condescendencias. Sólo esa fe hace justicia a la bondad de Dios con nosotros. No importa que nos vengan dudas. Nuestras dudas no tienen importancia, lo que tiene importancia es decir: yo, en mi vida, siempre al lado de nuestro Señor Jesucristo, de la Iglesia de Jesús, de la ley santa de Dios, de la esperanza de la vida eterna.

Segundo: la increencia. Como lo que se lleva es presumir de agnóstico, pues yo me paso también al bando de los agnósticos. Ha habido muchos cristianos, que, tristemente, han desertado de la Iglesia. Tenemos que hacer el compromiso más firme de ser totalmente fieles, como la Virgen María, a nuestro Señor Jesucristo; en los tiempos de brillantez y en los tiempos de oscuridad; y en los tiempos de oscuridad, con más razón.

Digan lo que digan, con nuestra vida personal, con la vida de las familias, con la generosidad, con la misericordia, con el esplendor de la vida cristiana bien vivida, tenemos que demostrar que la verdad, que la esperanza, la bienaventuranza y la felicidad verdadera del corazón están en el reconocimiento y en la adoración de Dios que es nuestro Padre. ¿Quién puede inventar una humanidad mejor que la que ha inventado Dios, tal como nos la ha manifestado en Jesús y en la Virgen María?

La fórmula que yo os recomiendo es leer con los ojos, como si estuviera la Virgen María sentada a vuestro lado -como hacía nuestra madre, cuando éramos pequeños enseñándonos a leer con ella las Bienaventuranzas, para ver la hermosura que destilan esas palabras de Jesús: la piedad, la confianza en Dios, la oración, la religión verdadera del corazón, el amor al prójimo, el perdón, la misericordia. Esto es aprender con María, creer con María, rezar con María, asomarnos con María a los misterios de la vida de Jesús, vivir con María nuestra fe cristiana, pasar de un cristianismo en retirada a un cristianismo de presencia, de confesión, de testimonio, de aspiraciones, de entusiasmo, de santidad, de diligencia, de entrega hasta la Última gota de nuestra sangre, la Última fuerza de nuestras energías.

Hay que avivar las brasas para brillar más en nuestro mundo, para despertar la inquietud, para atraer a la gente de buena voluntad al reconocimiento de nuestro Señor Jesucristo, de manos de la Virgen. No nos faltará su ayuda y su bendición.

Fernando Sebastián, cmf (Resumió para IRIS de Paz C. Bueno, cmf)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/nuestra-seora-de-la-fidelidad